# La anciana que daba de comer a las palomas

José María Angelina Guisado

Image not found.

# Capítulo 1

C0mo cada mañana desde hace meses, Mireia se dirige al parque del Este para dar de comer a los pájaros sentada en su banco preferido, ataviada con un andrajoso vestido de color indefinido, zapatos rotos de tacón y una pamela imposible, maquillada como una vulgar ramera. En su pálido rostro destacan, de forma abrupta, los labios de un rojo intenso y la raya de ojos, exagerada hasta lo grotesco.

La gente reacciona de múltiples formas al mirarla. Algunos se ríen de ella, otros giran la cabeza fingiendo indiferencia, los más compasivos la miran con tristeza. Pero Mireia permanece impasible a todos esos ojos, ajena a sus mundos.

Camina encorvada, como si cargase un gran peso sobre la espalda. Son más de sesenta años los que cumplió la última vez que sopló las velas, pero ya ha pasado mucho tiempo de aquello.

Lanza migas de pan a los patos y a las palomas, que se acercan con despreocupación a ella, a fuerza de conocerla de tanto tiempo. En ocasiones les espantan las piedras que algún niño desalmado lanza a la pordiosera, pero vuelven a ella al día siguiente, reclamando su alimento.

Mientras los animales comen, ella mantiene la cabeza alta y la vista al frente, observando algún punto en el infinito, recordando quizás tiempos mejores, o tal vez dejando la mente, en apariencia cercenada, en blanco.

Aunque quizás su cerebro no esté tan dañado física ni psicológicamente. Porque los recuerdos son muy claros, pese a ser oscuros.

Porque Mireia no está loca.

Aunque si supieras quién es Mireia en realidad, si conocieras su historia, si imaginases lo que es capaz de hacer, seguramente saldrías corriendo si te cruzaras con ella.

Porque nuestra anciana pordiesera es un ser extremadamente peligroso.

***

No, no está loca. Y sí, es muy, pero que muy peligrosa.

Hace tiempo que dejó de tener contacto con la humanidad, y comenzó a relacionarse sólo con animales, especialmente con los pájaros del parque del Este. Fue exactamente después de que matase a su marido.

Sí, habéis leído bien. Porque esta frágil anciana con pinta de demente asesinó a sangre fría a aquel cabrón que llevaba años y años regalándole el cuerpo con monumentales palizas.

Una paloma gris con alas de colores vivos se le posa en el hombro, en busca de un trozo de pan que llevarse al buche, mientras ella recuerda el momento en que puso fin a la vida de su verdugo.

Aún sufre el dolor físico al recordar la última somanta de palos que recibió, aquella que se saldó con dos de sus incisivos, y que ahora contribuyen a darle ese aspecto mermado.

Ni siquiera recuerda por qué fue, no sabe qué pudo desencadenar aquel enésimo ataque de furia descontrolada en aquel tipo que un día dijo amarla. Sólo sabe que, mientras ella aún sangraba por la boca como una cerda, él se sentó a la mesa como si tal cosa. Como si tal cosa devoró el pescado que con tanto esmero ella había cocinado. Y como si tal cosa se echó en la que había sido la cama de matrimonio, obligándola a dormir en el suelo del dormitorio.

Pocos minutos después, comenzó a escuchar sus ligeros ronquidos. Fue entonces cuando se dirigió a la mesa, aún sin recoger.

Apenas unos segundos más tarde, aquel cuchillo con el que había cenado le sirvió a Mireia para acabar con la vida de aquel desgraciado. No recuerda cuántas puñaladas le cruzaron el cuello, el pecho y el abdomen.

El arcón congelador de la terraza de la cocina sirvió durante muchos meses como ataúd para el marido de Mireia, convenientemente troceado. Nadie se acordó de aquel bastardo, nadie denunció la desaparición a la policía. Aquel miserable pasó a ser historia, incluso antes de su muerte.

Semanas después de aquel episodio, a Mireia comenzaron a asaltarle las dudas sobre qué debía hacer con el cuerpo de su difunto marido. Tras muchas horas de cavilaciones, decidió que lo mejor sería ir deshaciéndose de él poco a poco.

Fue entonces cuando se puso por primera vez aquél vestido ajado para salir a la calle. Desde ese momento se convirtió en la vieja loca solitaria del barrio.

Tras vestirse, abrió el arcón y cogió un trozo del cuerpo de su esposo (un pie, cercenado con una sierra de carpintero, fue el primer afortunado en desaparecer). Lo mezcló cuidadosamente con la basura y llenó otra bolsa de plástico con pedazos de pan de varios días.

Salió a la calle, donde se deshizo en un contenedor cercano de la bolsa de

basura, y seguidamente se dirigió al parque.

Caía la tarde cuando se sentó por primera vez en aquel banco, en un lugar privilegiado bajo las ramas de un enorme sauce llorón y frente al tranquilo estanque donde nadaban los patos, a los que comenzó a lanzar migas de pan, que desaparecían tan lentamente como lo harían a partir de ese día los restos de su marido.

Una mano, varias costillas, el otro pie. Toda la anatomía del difunto acabó siendo mezclada poco a poco, cada dos o tres días, con la basura de Mireia. Así pasaron varias semanas, nunca se molestó en contar cuántas, hasta que de aquel hijo de puta sólo quedaron las huellas en la cansada alma de Mireia.

El día que tiró la última bolsa de basura, de camino al parque, se prometió a sí misma que jamás volvería a soportar la más mínima humillación, jamás nadie la volvería a insultar sin pagar por ello.

Aquel fue su primer crimen.

Pero no el último.

Ni el más cruel.

***

Sale, por un instante, de la burbuja donde vive feliz. Observa el cielo, ya oscuro y cubierto de nubes que amenazan una lluvia inminente. Le encanta el olor a humedad que precede a las tormentas.

Apura los últimos mendrugos de pan duro con unos cuantos patitos rezagados, sacude las pocas migas que quedan en la bolsa, que a continuación guarda cuidadosamente doblada en un pliegue de su vestiducho. Se levanta del viejo banco donde deja pasar todas las tardes de su vejez, pero antes echa un último vistazo al estanque.

Todo sigue igual que aquella tarde.

*Hijo, no te acerques a la loca.*

Aún hoy, después de tanto tiempo, aquellas palabras siguen martilleándole las sienes.

Varias semanas habían pasado desde el episodio de la muerte de su marido, y la visita al parque vestida de esa guisa se había convertido ya en rutina. Las burlas crueles que los niños la dedicaban al pasar eran cada

vez menos, y más soportables.

Como cada tarde, se sentó en su banco favorito, el de madera pintado de verde, situado bajo el sauce. Se dejó absorber por su mundo y comenzó a dar de comer a los pajarillos, que ya acudían a ella nada más advertir la presencia de la mujer.

Apenas unos minutos habían pasado desde su llegada cuando, a escasos metros, advirtió la presencia de un pequeño de unos seis o siete años. Rubio, de ojos juguetones, en cuya mirada no se reflejaba nada más que inocencia. La observaba, curioso, sin ningún tipo de maldad. Un tímido "hola" se le dibujó en los pequeños labios, interrumpido por las bruscas palabras de su madre.

*Hijo, no te acerques a la loca*.

Si algo supera a la innata crueldad de los niños, es la sobreprotección aún más cruel de sus madres.

Pese a que se había jurado no volver a llorar, una solitaria lágrima descendió por su arrugada mejilla.

Aquella tarde no dejó de observar, sutilmente, a aquella mujer que tanto daño acababa de hacerle. Había descubierto que la maldad del mundo no acababa con la desaparición de su verdugo.

Al caer la tarde, el niño rubio y su madre, alta, estirada y de mirada azul y altiva, emprendieron la vuelta a casa. Mireia los siguió.

Atravesaron el parque y la avenida contigua, la del César, que a Mireia siempre había gustado por el bullicio y los altos edificios, y que ahora, en su soledad, procuraba evitar. Finalmente les vio introducirse en un portal de una callejuela adyacente, y montar en el ascensor.

Pasaron varios minutos sin que nadie entrara ni saliera del portal. Buscó con la mirada un lugar donde esconderse y observar los movimientos de la madre. Un contenedor de basuras, a escasos quince metros, le pareció el lugar idóneo para no ser vista. Se escondió detrás, aguantando la mezcla de nauseabundos olores, y esperó.

Y esperó.

Sólo tenía que esperar el momento oportuno.

***

Mientras espera, Mireia busca un atisbo de compasión en su interior. Recuerda aquel día en la cola del supermercado, el empujón sin sentido

que recibió por parte de la señora estirada. "Apestas", fue la única palabra que le escupió sin tan siquiera mirarla a la cara. Rememora también el dedo acusador que la señaló aquella otra tarde en el parque, cuchicheando con otras madres igual de ociosas, mientras estaba sentada tranquilamente en su banco. *Esta gentuza es la que sobra en la ciudad*, alcanzó a oír. *Hacen nuestras calles más sucias y nuestros parques más inseguros*. Esas fueron las frases que dieron comienzo a las burlas e insultos de la gente, aquellos que encajaba con indiferencia. Pero lo que más le dolió, con diferencia, la gota que colmó el vaso, fue su mirada de desprecio al interrumpir el gesto compasivo de un niño inocente.

*Hijo, no te acerques a la loca*.

Veintitrés míseras letras que tornaron su alma cansada en un alma despiadada.

***

Y la oportunidad, por supuesto, llegó.

A fuerza de esperar horas y horas oculta tras el apestoso contenedor, un día, dos, tres, no sabe cuántos, aprendió todos y cada uno de los movimientos de la mujer. Fueron días de espera desde el alba hasta altas horas de la noche, con un receso de un par de horas por la tarde para ir a dar de comer a los pájaros del parque.

El constante miedo a ser descubierta le hizo estar más vigilante, pese a que era difícil distinguir entre tanta mugre a nuestra harapienta amiga. Pese a todo, Mireia se encogía todo lo posible cada vez que oía pasos, cada vez que alguien tiraba la bolsa de basura, cada vez que, a lo lejos, distinguía una cara conocida.

Pero no fue descubierta.

Así aprendió sus costumbres. Cada día, a las siete y media de la mañana, la señora estirada salía por el portal en dirección al aparcamiento descubierto colindante con la propiedad. Allí subía a un utilitario azul oscuro, y regresaba sobre las cuatro de la tarde. A las ocho y media de la mañana llegaba la que Mireia suponía la niñera del rubito, una chica morena y delgada de no más de veinte años. Apenas diez minutos después salía de la mano del niño, previsiblemente hacia el colegio, de donde volvían poco después de las tres.

A media tarde, madre e hijo se encaminaban al parque, de donde volvían al empezar a oscurecer.

Así un día, y otro, y otro.

Y otro.

Al fin, se decidió.

Fue muchos días después, a las cuatro de la tarde. Hacía frío, y el cielo estaba encapotado, con un olor a humedad en el aire que delataba una inminente lluvia.

La señora estirada estacionó el vehículo y se dirigió al portal, sin percatarse de la mujer que la seguía. Se introdujo en el ascensor, sin darse cuenta de que la vieja loca se había deslizado tras ella antes de cerrarse la puerta. No llegó a tocar el botón de la tercera planta, cuando sintió un fuerte golpe en la frente contra el espejo del ascensor y una mano asiendo con fuerza su perfecta coleta, mientras la otra tapaba herméticamente su boca para que no pudiese gritar.

Un golpe, dos, tres.

Aturdida, intentó girarse, pero antes de poder reaccionar notó las manos arrugadas cerrándosele en torno al cuello, apretando con inusitada violencia.

Mientras el aire dejaba de entrarle por la garganta, alcanzó a ver a través del espejo los ojos inexpresivos de Mireia, a la que ella llamaba la vieja loca.

Nunca supo que había pasado. Su vida se escapó entre las marchitas manos de Mireia, pero ella nunca supo por qué.

Antes de salir, Mireia pulsó el botón del tercer piso, cumpliendo el que iba a ser el siguiente acto de la fallecida. Allí la encontraron con la boca abierta, y los ojos inyectados en sangre, tan solo unos minutos más tarde, el rubito y la niñera, a los que la imagen se les quedó grabada en la retina para el resto de sus vidas.

Mientras, nuestra adorable ancianita se dirigió, como cada tarde, invisible, al banco de madera bajo el olmo del parque del Este, donde dejó, como cada tarde, escapar las horas junto a los patos y las palomas, que siempre adoraron a su amiga sin sospechar siquiera que el alma se le volvía oscura por momentos.

***

Regresa, como cada tarde, a su viejo piso. Sube las escaleras de madera hasta el tercer piso, y empuja la desvencijada puerta de madera que apenas se sostiene ya. Varios gatos acuden a darle la bienvenida. Observa

el interior, aquel ajado papel pintado azul celeste que un día fue hermoso, los pocos y ruinosos muebles que aún quedan de pie, las manchas de humedad en paredes y techos...

Mientras prepara la cena en la cocina de gas, unos simples filetes de pollo a la plancha, pues el presupuesto no da para más, suena el timbre, uno de los accesorios de la casa que aún funcionan.

Tras la mirilla observa a Encarna, una de las pocas cosas buenas que conserva de antaño. Bajita, rechoncha, de ojos muy juntos y cejas algo grandes, la poco agraciada Encarna es la simpática solterona del cuarto. Cercana en edad a Mireia, y siempre pendiente de ella, nunca fue ajena a las palizas que su difunto esposo la propinaba, aunque siempre calló, nunca supo decir por qué. Encarna fue la única persona en advertir la ausencia de éste, pero jamás preguntó nada, pues simplemente creyó que aquel mal nacido por fin se había decidido a abandonarla.

Buena amiga y mejor vecina, Encarna lleva un tiempo muy preocupada por el estado físico y mental de Mireia. Últimamente la observa demasiado delgada, siempre ataviada con el mismo vestido (¿cuántas semanas llevará sin lavarlo?) y el olor corporal es francamente insoportable.

Mireia deja entreabierta la puerta y vuelve hacia la cocina, sin invitarla a pasar, como siempre. Su vecina la sigue, la examina de arriba a abajo con la mirada y un pensamiento de auténtica compasión cruza su mente.

En sus labios se dibujan esas delicadas palabras que lleva pensando tanto tiempo, pero que nunca hasta hoy se ha atrevido a pronunciar. *Mireia, tu estado es lamentable. Deberías buscar ayuda en los servicios sociales del ayuntamiento.*

Nuestra amiga aparta la sartén del fuego, gira sobre sus talones y comienza a dar brutales empujones a Encarna, con excesiva fuerza para una mujer de su edad, hasta que consigue sacarla a la fuerza del piso, cerrando la puerta con un estruendoso golpe.

*Está rematadamente loca*, escucha que dice su vecina mientras sube las escaleras. Esta será la última vez que la vea en varios días; la próxima vez Encarna vendrá acompañada.

***

Esta noche nuestra adorable ancianita no consigue conciliar el sueño. No tolera la actitud de su vecina, que trate de humillarla de esa manera. No consentirá que ningún asistente social cuide de ella como si estuviese desvalida, ni mucho menos terminar sus días en un asilo.

No, no dejará que la humillen. Porque ya sabemos cómo acaban los que humillan a Mireia, ¿verdad?

Mientras da infinitas vueltas en el catre, rememora la sensación de miedo que dejó paso a la excitación con cada una de las puñaladas que le brindó a su marido. Revive de nuevo la sensación de poder que la embriagó mientras sus manos estrangulaban a la señora estirada. Sensaciones indescriptibles que no le importaría volver a vivir, aunque no quisiera que fuese a costa de la vida de su amiga. A ella prefiere perdonarle la humillación, porque todos los años de ciega lealtad pueden con una desafortunada intromisión.

O tal vez no.

***

Amanece en la ciudad, sin haber visto la noche a Mireia cerrar los ojos.

Se levanta, estira las sábanas y se toma una taza del café aguado que quedó el día anterior. Se pone los andrajos, se maquilla cual grotesca muñeca y coge la bolsa del pan, para dirigirse a continuación, como siempre, a visitar a sus patos y a sus palomas.

A reflexionar.

A recordar.

Y a decidir.

***

Nos encontramos en este atardecer frío de noviembre con nuestra amiga Mireia en su banco. El parque del Este aparece dorado ante nosotros, a medida que las ramas de los árboles van quedando desnudas por la inminente llegada del invierno.

Un complemento se añade hoy a su atuendo habitual. Se trata de un viejo abrigo del que fue su esposo, gris claro y con los codos y los bolsillos demasiado desgastados, que le queda demasiado grande.

A los patos y palomas, hoy se une algún gorrioncillo famélico. A eso se reduce ya su mundo, a los animales, los únicos en esta vida que jamás la fallaron. Por eso regresa cada tarde al parque, para alimentar su única ilusión.

No deja de pensar en Encarna. No ha vuelto a pasar por casa, no sabe si

por miedo o por vergüenza, pero tiene claro que lo prefiere así.

En ocasiones ve pasear por los caminos del parque al niño rubito con la niñera, pero sus ojos han pasado de ser juguetones a tristes desde la muerte de su madre. Mireia no puede evitar pensar en que le haría un favor si le ayudara a reunirse con ella, pero cada vez que esta imagen le viene a la mente, sacude la cabeza y desecha la idea; no podría ponerle la mano encima a un inocente. Sin embargo, se estremece al recordar las sensaciones que le produjeron esos asesinatos...

Hoy regresa a casa pasadas las siete, ya casi es de noche. Se sorprende al encontrar, frente a su puerta, esperándola, a Encarna con un chico joven, vestido con elegancia pero informal, que corre a presentarse como Jaime Escobedo, asistente social. Nuestra amiga saca apresuradamente la llave del bolsillo, entra en casa y los deja atrás con un portazo. Ni siquiera oye sus voces tras la puerta, le importa un carajo lo que tengan que decirle.

No puede creerse la traición de su vecina. ¿Cómo se atreve?

Desesperada, sintiéndose humillada de nuevo, da vueltas por el pequeño piso soltando golpes y patadas a las paredes. Impotente, se muerde la palma de la mano con fuerza para no gritar, y no para hasta sentir el sabor de su propia sangre.

Acaba de tomar una decisión.

***

No sabe cuántas horas han pasado, pero sí sabe que son las suficientes. Sabe que esta noche tampoco dormirá, porque tiene trabajo que hacer.

Se levanta del sofá donde lleva sentada desde que consiguió calmarse, y se dirige al recibidor donde, en un cajón del mueblecito, guarda desde hace años las llaves del piso de Encarna, por si surge alguna emergencia, al igual que su vecina tiene una copia de las suyas.

Sigilosamente, sube las escaleras, sólo un piso, hasta el cuarto. Tiene mucho cuidado de no llamar la atención de ningún vecino, por lo que no se molesta siquiera en dar la luz de la escalera. Introduce la llave en la cerradura del piso de Encarna despacio, muy despacio, como despacio la gira. Sabe que no vive con ninguna mascota, por lo que nadie despertará a su vecina.

Conoce el piso como la palma de su mano. A oscuras, se dirige al salón, donde se hace con un cojín del sofá, ese de flores estampadas que tan feo le ha parecido siempre.

Vuelve sobre sus pasos hacia el pasillo, lentamente, y lo atraviesa en dirección a la habitación del fondo, desde donde se escucha la respiración acompasada de encarna. Llega a la puerta y la observa, plácidamente dormida. La pobre ignora que nunca despertará.

Mireia coge el cojín con ambas manos cuando llega al cabecero de la cama, y lo aprieta con fuerza sobre la cara de Encarna, que tarda unos segundos en darse cuenta de la situación. Mireia cuenta con el factor sorpresa y, aunque su amiga se retuerce intentando zafarse del cojín, no es suficiente lucha contra la adrenalina que fluye por las venas de su vecina. Pasados un par de minutos, Mireia levanta el cojín para observar la expresión de horror que ha quedado grabada en el rostro de Encarna. A sangre fría le cierra los ojos, con lo cual parece volver a dormir. Esta será la expresión con que la encuentre muchos días después el único sobrino de esta pobre solterona, cuando acuda preocupado porque su tía no atiende al teléfono.

Al fin y al cabo, todos los días mueren muchos ancianos en soledad.

Y, por supuesto, esta vez tampoco nadie sospechará de Mireia, que continúa acudiendo todas las tardes a ver a sus palomas al parque del Este.

***

Después de varios días de cielos grises y ambiente húmedo, por fin, las nubes descargan con rabia y fuerza un intenso diluvio en la ciudad. Mireia observa a través de la sucia ventana, a lo lejos, su parque. Duda si salir a pasear pese a la intensa lluvia, como cada tarde, aunque sabe que los pajarillos hoy no acudirán, refugiados del agua entre los árboles y arbustos.

Decide, por primera vez en meses, quedarse en casa.

Echa un vistazo al otro lado de su calle y divisa, a lejos, a un joven alto y muy delgado, refugiado bajo un llamativo paraguas amarillo. Reconoce a Jaime, el trabajador social que apareció días atrás de la mano de la difunta Encarna. Esta vez no viste elegantemente, como aquel día, sino con unos pantalones tan ajustados que se confunden con la piel de sus piernas, camisa azul oscuro con diminutas flores blancas y un ridículo fular rosa al cuello. El escaso pelo rubio, peinado con cortinilla, y la prominente nariz entre ojos saltones y antipáticos le dan aspecto de persona pusilanime, lo que efectivamente es. *Una indumentaria muy varonil*, piensa Mireia mientras le ve acercarse al portal. Cierra rápidamente la cortina amarillenta para no ser vista, y su mente se pone a trabajar a toda velocidad.

Segundos después, Jaime comienza a subir las escaleras hacia el tercer piso, absorto en sus pensamientos. No es una persona querida en su trabajo en el ayuntamiento, apenas tiene trato con dos o tres compañeros, tan antipáticos e incompetentes como él. Realiza sus pocas tareas de manera rutinaria y sin ningún tipo de empatía, puesto que hace años que olvidó que su cometido era ayudar a los seres humanos más necesitados. El tiempo que pasa en su pequeño despacho lo dedica a mirar sus redes sociales, mientras las horas pasan muertas hasta el momento de volver a casa.

Llega al tercer piso, frente a la puerta de Mireia, y toca el timbre.

Una vez.

Dos.

Tres.

Cuatro.

*Maldita sea la vieja loca. Mi tiempo es demasiado precioso y escaso para malgastarlo en venir aquí y que ni siquiera se digne a abrirme la puerta*, piensa Jaime, enojado, un instante antes de girar y disponerse a bajar de nuevo los escalones hacia la calle.

Mireia, que ha observado la escena agazapada tras la columna del descansillo, no puede evitar sonreír al ver la cara de enfado de ese pelele. Cuando éste se da la vuelta y comienza a bajar el primer peldaño, Mireia, silenciosamente, se le acerca por la espalda. Estira las manos y le da un fuerte empujón, de modo que cae rodando por las escaleras, dando fuertes golpes con cada rebote. Le hubiese gustado ver su cara de sorpresa y terror en el momento de la caída, pero tiene que conformarse con ver su rostro sin vida, con los feos ojos exageradamente abiertos y el cuello vuelto sobre sí mismo en un imposible ángulo al final de la escalera.

Mireia comienza a bajar rápidamente los escalones, de dos en dos. Esquiva el empapado paraguas amarillo y el guiñapo sin vida, continúa descendiendo y atraviesa el portal justo un instante antes de que Luis, el vecino del segundo, salga de casa alertado por los golpes y encuentre el cuerpo sin vida del asistente social.

Después de todo, Mireia ha cambiado de opinión y sí que visitará el parque hoy también, como cada tarde.

Al regresar apenas una hora después, completamente empapada, fingirá sorpresa al ver los coches de policía apostados frente al portal, y el coche

fúnebre con los restos de Jaime.

Cuando entra al portal, con gesto fingidamente compungido, los dos agentes que custodian la entrada simplemente le preguntan si le suena de algo el nombre de Jaime Escobedo, a lo que responde tímida y brevemente.

*Era un asistente social que quería echarme una mano, pese a que la otra vez que vino a verme, hace unas semanas, le dije claramente que no lo necesitaba, porque me valgo por mí misma. No tenía ni idea de que iba a volver a venir.*

Después la dejan en paz. Los de la científica concluyen que no hay signos de violencia, simplemente dan por hecho que ha sido un accidente, un resbalón provocado por unos peldaños mojados por la lluvia.

Porque... ¿Quién podría sospechar de una indefensa ancianita solitaria?

***

La Navidad pasa tan rápidamente como llega, dando lugar al frío de enero. Ni la nieve, ni el viento consiguen que Mireia deje de ir ni una sola tarde al parque con los animales. A los pájaros hambrientos se une, de cuando en cuando, algún que otro gato buscando alimento. Alguno incluso entrará a formar parte de la familia de Mireia y encontrará un hogar donde ser feliz, junto con numerosos amiguitos de su especie. Nuestra amiga nunca se ha molestado en contar los gatos que tiene en el pequeño piso, sólo sabe que nunca siente en soledad.

Febrero llega sin hacer ruido, y con él comienzan a llegar esporádicamente los primeros días cálidos, en los que Mireia continúa con su rutinario paseo al banco del parque del Este. Al otro extremo de la ciudad, una de esas tardes, un rechoncho operario del servicio de basuras municipal encuentra en el vertedero, durante una de las quemas controladas de residuos, lo que parece ser un fémur humano sobresaliendo de una bolsa de basura.

Inmediatamente se paraliza el trabajo en el vertedero, y numerosas patrullas de policía acuden al lugar, convenientemente acompañadas por periodistas con múltiples cámaras de televisión. En pocas horas la noticia está presente en numerosos medios audiovisuales y escritos.

Las excavadoras comienzan a remover toneladas de basura, bolsas y bolsas de residuos, en su mayoría orgánicos, con la esperanza de dar con más restos humanos. Tres días después, un cráneo y varios dedos de una mano es todo lo que han podido encontrar. El análisis forense arroja algo de luz al caso: se trata de un varón de unos setenta años, aproximadamente de un metro sesenta y cinco centímetros de altura, y

que llevaría muerto unos seis meses. El misterio llega cuando se descubre que, en las bases de datos de la policía nacional, no consta ninguna denuncia por la desaparición de un individuo de esas características en al menos cincuenta kilómetros a la redonda. Al cotejar los datos del ADN con individuos desaparecidos en otras provincias, éste no coincide con ningún caso denunciado.

La prensa comienza a especular, durante varios días no se habla de otra cosa en los magazines televisivos de la mañana, pero rápidamente la noticia cae en el olvido.

Sólo una persona conoce a quién pertenecen esos huesos.

Mireia sabe que parte del cadáver de su marido acaba de aparecer. ¡Con lo bien que había salido todo hasta ahora!

La anciana comienza a ponerse nerviosa, por primera vez en mucho tiempo no tiene un plan. Su esperanza estriba en que no lleguen a identificar el cuerpo. ¿Cómo podrían llegar a descubrirlo?

*Debo calmarme, las aguas volverán a su cauce pronto.*

Le tiemblan las piernas, tiene el pulso acelerado. Esto no puede estar pasando. "Porque ese cerdo merecía morir".

Sin embargo, no logra tranquilizarse. Durante muchos días no logra volver a pegar ojo, comienzan a asaltarle los remordimientos por primera vez desde que comenzó su historia.

No sabe cuánto tiempo podrá soportar a los demonios.

***

Mireia nota que ha perdido por completo el control de la situación.

Desde que los operarios de basuras encontraron esos huesos no ha vuelto a pegar ojo. Cada vez que los párpados caen, rendidos por el cansancio, las imágenes de sus víctimas aparecen frente a ella, impidiéndole dormir.

Ve a Jaime, tendido con el cuello del revés, al final de la escalera, mirándola con ojos acusadores, de nuevo con vida e inyectados en sangre. Le observa levantarse e intenta gritar, aunque ningún sonido sale de su garganta; comienza a subir, lentamente, cada uno de los peldaños que le separan de su asesina, con el cuello colgando de lado debido a la fractura de las vértebras al caer. Mireia intenta correr, pero las piernas no responden. Cuando la mano del muerto está a escasos centímetros de su cuello, despierta envuelta en sudor, jadeante y, esta vez sí, chillando

como un cerdo degollado.

Cuando el sueño, después de vueltas y más vueltas en la cama, parece a punto de volver a vencerla, siente que no puede respirar. Sus fosas nasales se mueven con fuerza y rapidez, pero algo cubre su cara con fuerza intentando que el aire no pueda entrar en sus pulmones. Patalea con fuerza y lanza vanos puñetazos al aire, intentado zafarse, sin éxito, de su agresor. Tras interminables segundos, que a ella se le antojan días enteros, la presión que ese objeto ejerce sobre su cara cede y puede ver, en sus últimos instantes de vida, el rostro de Encarna comido por el odio, que sujeta con fuerza el almohadón con el que acaba de asfixiarla.

Por segunda vez esa noche, Mireia grita al despertar. Da incontables vueltas por la casa, mete la cabeza debajo del grifo del agua fría, prepara una cafetera que deja seca en pocos minutos... Cualquier cosa antes de volver a dormirse.

Termina de lavar la cafetera en la pila de la cocina y enfila el pasillo, en dirección al salón. En la oscuridad de la noche, no ve venir las manos que comienzan a estrangular su cuello. Siente un tremendo dolor y la garganta seca y ardiente. Pese a que no alcanza a ver a su atacante, intuye que se trata de la señora estirada, que regresa de la otra vida para ajustar cuentas con ella.

Vuelve en sí, y se encuentra tendida en el sofá del salón, cubierta de una película de sudor frío. Esta vez no se molesta en gritar, pero el pánico le ha relajado el esfínter y nota que se ha orinado encima.

Ya no es capaz de distinguir entre sueño y vigilia, entre realidad y ficción. Sabe, desde ese preciso instante, que jamás volverá a dormir en paz. Ríe con fuerza, con nerviosas y sonoras carcajadas, al comprender que nunca sabrá si ha perdido el juicio o si sólo está siendo atormentada por unos remordimientos pasajeros.

Al fin logra calmarse, poco a poco, tras horas de angustia.

Sus ojos no vuelven a cerrarse y, por fin, ven salir el sol.

Sin asearse ni cambiarse los harapos, sale a la calle en esta apacible mañana de finales de invierno. Dando tumbos, con sensación de estar algo desorientada, tarda bastante más de lo habitual en llegar a su banco. Por el camino, un coche que ella ni siquiera acierta a ver está a punto de atropellarla, porque ni siquiera se molesta en mirar de qué color es el muñequito del semáforo. *Aparte, estúpida*, le grita nerviosa la conductora del vehículo, pero Mireia no la oye.

Hoy no la recibe ningún pájaro, quizás su estado de nervios les haya

espantado. Se sienta como siempre, bajo el sauce, frente a su lago.

Finalmente, bajo los cálidos rayos del sol, consigue no pensar en sus fantasmas.

***

La mañana deja paso a la tarde, y esta a la noche. La anciana sigue recostada en el banco, aunque su mirada está perdida en el horizonte, sin ver nada.

La gente que pasa la observa con una mezcla de pena y miedo, pero nadie se le acerca hasta que, al caer la noche, una pareja de policías que patrulla rutinariamente por el parque se dirige a ella.

*Váyase a casa, señora.*

Pero Mireia no contesta.

*¿Se encuentra usted bien?*

Vacío.

Ignora cada una de las preguntas que le lanzan, porque ni siquiera las oye. Se limita a sonreír, con la mirada perdida.

No escucha la llegada de la ambulancia, ni opone resistencia cuando la atan con correas a la camilla y la llevan al hospital.

***

Durante varios días permanece ingresada en el hospital de la comarca, donde es sometida a diversas pruebas y exámenes psiquiátricos.

Pero Mireia no pronuncia ni una sola palabra.

Cansado, y sin encontrar un diagnóstico claro que defina el estado de la anciana, el jefe del servicio de psiquiatría ordena el traslado a una habitación aislada y tranquila, donde pueda descansar. Al observar las paredes blancas y desnudas del cuarto, Mireia pronuncia sus primeras palabras en mucho tiempo.

*Me gustaría decorarla.*

El deseo le es concedido. Un celador cuelga con chinchetas varios metros de papel continuo y le facilita varios botes de pintura de dedos de diversos colores.

Así, el blanco de la habitación deja paso al dibujo de un sauce llorón enorme, un espléndido lago azul y un banco de madera viejo, junto al que se arremolinan cientos de palomas.

También dibuja la figura de un niño, rubio, sonriente y de expresión amable.

Termina, satisfecha de su trabajo, y se sienta en su camastro, en paz consigo misma, a observar su obra.

Cansada, cierra los ojos.

No siente llegar la primera puñalada, que le quema en el pecho, pero sí la segunda.

Y la tercera.

Y todas las demás.

A cada lance del cuchillo, siente más y más cercana la risa maliciosa del cabrón de su marido, aquel con el que todo comenzó. Ve sus ojos cargados de odio y sus dientes, afilados y amarillentos.

Comienza a llorar.

Llora porque sabe que, al fin, el círculo se ha cerrado.

Llora de alivio porque sabe que le espera una eternidad en su parque, con sus patos y sus palomas, a la sombra de su sauce.

Pero también llora porque sabe que su alma seguirá siendo apuñalada por su locura y su conciencia, segundo tras segundo, hasta el final de sus días.

***

## EPÍLOGO

## EL ÚLTIMO FESTÍN DE LAS PALOMAS

No hay tregua para el alma atormentada de Mireia, que no ha vuelto a pronunciar palabra alguna, y que continúa paciente en su cuarto

esperando el final de sus días, el final de su tortura.

A cada segundo que pasa ve, como un autómata, el brazo de su esposo descendiendo con el cuchillo de mesa sobre su cuerpo, asestándole miles de puñaladas cada día, que rasgan y queman su piel. Sólo obtiene paz dos veces al día cuando Marta, la joven y dulce enfermera de psiquiatría, le inyecta su ración de tranquilizantes. Sólo así deja de sentir dolor.

Es, en uno de esos momentos entre el delirio y la lucidez, mientras observa sus paredes pintadas con pájaros, cuando observa la figura dibujada del rubito. Esos ojos... Siempre se le dio bien dibujar, pero no tanto como para dar vida a sus ojos, que la miran descarados y amenazantes desde la pared.

Hace tiempo que no escucha la voz del niño en su cabeza, como cuando esperaba día tras día detrás del contenedor de basura.

*Mátala.*

Era esa la única palabra que pronunciaba, y que le erizaba el vello de la espalda, cada vez que la señora estirada, su madre, traspasaba la puerta del portal sin conocer que estaba siendo vigilada.

*No te dejes humillar. Acaba con ella.*

Esas siete palabras fueron las que escuchó, formadas por los labios del niño, justo antes de acabar con la vida de Encarna.

*Empújale.*

Y, como movida por una fuerza superior, arroja a Jaime por la escalera.

Ese niño, su voz, sus ojos...

No había vuelto a verle hasta que los basureros dieron con los huesos de su marido en el vertedero.

*Te cogerán, sabes que te cogerán.*

Y su risa, penetrante y burlona, le congelaba el corazón.

Ahora esos ojos la miran desde la pared.

Y no puede soportar sus burlas.

Cree escuchar de nuevo esa risa de ultratumba.

Con sus propias manos intenta arrancar la figura del niño del dibujo. Golpea, araña y se deja las uñas en el intento, y poco a poco el pelo del rubito se torna rojo con la sangre de las manos de Mireia.

Cuando por fin consigue borrarle del mural, se sienta tranquila a observar los patos.

Sólo unos minutos después escucha la cerradura de su aislada habitación. Marta viene con su inyección, pero se ve sorprendida por el dantesco espectáculo de la pared: la figura del guapísimo niño de cabellos de sol se ha transformado en un borrón enorme cubierto de sangre.

Anonadada, deja caer la bandeja donde transporta la jeringa al suelo, sólo un instante antes de ser atacada por la espalda.  Un certero golpe de puño en la nuca la tira al suelo, y el tranquilizante que Mireia le suministra con un pinchazo en su frágil cuello la deja fuera de combate en unos segundos.

Cierra la puerta del cuarto y, con total parsimonia, se quita su bata del hospital y se pone la ropa de Marta, que le viene algo grande pero será perfecta para salir del psiquiátrico sin llamar la atención.

Y así, tranquilamente, vuelve a pasear por las calles de su ciudad, pero no se dirige a su casa, ni a su parque.

Va en busca del rubito.

Porque sabe que su vida terminará pronto, es muy vieja y siente una debilidad que no podrá durar mucho más.

Pero antes de partir hacia su infierno final, donde sabe que compartirá de nuevo cama con su esposo, se llevará por delante a su último fantasma.

Su demonio rubio disfrazado de ángel.

Mireia, al fin y al cabo, tendrá toda una eternidad frente a ella para expiar sus pecados.

Toda una eternidad para pagar la deuda que tiene con los fantasmas que ella misma creó.

Una eternidad donde su alma no descansará nunca en paz.